



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

+ 34 958 02 79 45

biblioteca.pag@juntadeandalucia.es

LOS DIAS DEL ALBAICÍN.

Esta obra consta de un tomo que contiene los capítulos siguientes:

INTRODUCCIÓN.

LAS ROSAS AZULES.

LA CASA DEL ARCO.

EL PORTÓN DE BAQUETA.

LA GALLINA CON LOS POLLOS DE ORO.

SOL DE NIEVE.

EL RAMO MILAGROSO.

RUISEÑOR.

EL PADRE ETERNO.

LA CASA DE LA YEDRA.

LA CASA DEL VOTO.

LA CASA DEL CARNERO.

EL CRISTO DE LAS TINIEBLAS.

LOS SIETE DUENDES BLANCOS.

Se vende al precio de **dos pesetas** cada ejemplar, en la redacción de *La Lealtad*, y en la librería de D. Paulino V. Sabatel.

En Madrid y provincias, en las principales librerías.

LOS

DIAS DEL ALBAICÍN

TRADICIONES,

LEYENDAS Y CUENTOS GRANADINOS

POR

ANTONIO J. AFAN DE RIBERA.

BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA

Est. A-4

Tabl. 4

No. 9

LOS DIAS DEL ALBAICÍN.

P.C. Monumental de la Alhambra y General
CONSEJERÍA DE CULTURA

GRANADA

Imprenta de LA LEALTAD

1886.

A-4
4
9

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Momentos de ocio, colección de poesías, un tomo.

Á orillas del Dauro, novelas, artículos, leyendas, dos tomos.

Auras del Genil, colección de poesías serias y humorísticas, dos tomos.

Traducciones, dos tomos.

Las noches del Albaicín, leyendas, tradiciones y cuentos granadinos, dos tomos.

Fiestas populares de Granada, colección de artículos de costumbres, un tomo.

Los días del Albaicín, leyendas granadinas, verso y prosa, un tomo.

EN PUBLICACIÓN.

Tradiciones y leyendas, un tomo.



P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

29a
L I u

AFÁN DE RIBERA.

LOS DIAS DEL ALBAICÍN.

P.C. Monumental de la Alhambra y General
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA	
Est.	A-4
Tabl.	4
N.o	9

AREA DE BIBLIOTECA

LOS DIAS DEL ALBAICIN

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCIA

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

LOS DIAS DEL ALBAICÍN

TRADICIONES,

LEYENDAS Y CUENTOS GRANADINOS

ANTONIO J. AFAN DE RIBERA.



Donativo de Sr. González
CONSEJERÍA DE CULTURA

Romances á la Bibli
de la Albámbra. 1908

GRANADA
Imprenta de LA LEALTAD
1886.

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Es propiedad y queda hecho el
depósito que marca la ley.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

INTRODUCCIÓN.

El año anterior se publicó en la córte mi libro, titulado, *Las noches del Albaicín*.

La bondad del público le dispensó favorable acogida, animándome en este género de trabajos.

Después, siguiendo en mis aficiones y rebuscando apuntes, hallé datos y noticias para más volúmenes sobre el mismo tema.

No es segunda parte, Dios me libre, que no quiero que en mí se cumpla el adagio, sino otra colección distinta que puede completar á la primera.

Como tal la presento, y aunque pálida, sea una hoja más para la corona brillante de las pasadas grandezas de mi patria.

refrena los ímpetus del negro corcel, oriundo de los arenales africanos.

En la aguda lanza lleva pendiente un bordado pendoncillo con esta divisa: *libre*. Frase que forma la desesperación de las doncellas de la corte del buen Mahomet V, octavo rey de Granada.

Al frente de doscientos ginetes, tostados por el sol, con relucientes ojos y aguda barba, armados de anchos alfanges damasquinos y aceradas gumiás, á quienes siguen quinientos peones, de andar ligero, y de excelente puntería en las armas arrojadas, sale al campo por la puerta de Elvira, dirigiéndose á las fronteras.

Van á talar las tierras enemigas, y solo escenas de sangre y de desolación dejarán á su paso.

Las sombras de la noche los envuelven, y rápidos como el relámpago llegan al término de su viaje.

Ocultos en las sinuosidades de un hondo barranco, que en el invierno envía sus corrientes al Guadalhorce, aguardan que la aurora aparezca en la empinada cumbre, para saciar su sed de venganza en los desprevénidos andaluces.

¿Qué importa la fortaleza que á poca distancia se levanta, si desde sus torreones no ha sabido distinguir al enemigo?

La roja cruz de Calatrava que adorna el estandarte colocado en la sala de honor del caudillo, no ondeará sus pliegues en el combate. Sus guardadores ignoran el riesgo que les amenaza, y los soldados apenas si tratan de vestir sus militares arreos,



mientras los labriegos se esparcen por la fértil campiña que á la falda del cerro se dilata.

Rico botín y grandes tesoros, serán arrebatados en cortos instantes.

Los primeros rayos del sol doran el paisaje, y Hamet sonríe y contempla á su hueste, que solo espera sus órdenes.

Antes de dar la señal quiere hacerse cargo del terreno á que como tigres ardientes ha de lanzar sus tropas.

Seguido del esclavo más fiel que le acompaña, sube ocultándose en lo quebrado de la sierra hasta lo más alto del monte, desde donde se domina una gran extensión.

No se conoce la más ligera señal de alarma. Ya se acercaba el moro á sus labios la bocina de marfil, á cuyo eco respondería en la hondonada ronco grito de exterminio, cuando miró abrirse un postigo de la puerta principal del edificio que iba á combatir.

Cayeron pausadamente las cadenas del puente levadizo; y los guerreros que lo franquearon hicieron ún respetuoso saludo con sus espadas, á la pequeña comitiva á que daban paso.

Esta se componía de tres personas.

Marchaba delante un alegre pajecillo llevando en el hombro el halcón encaperuzado y sujeto al brazo con una cadena de plata.

Seguíale una bellísima dama, en la primavera de su vida, que montaba con suma elegancia un pequeño caballo enjaezado con gran primor y que

ufano de su ligera carga pisaba noblemente, obedeciendo la blanda mano que le conducía.

Cerraba la marcha una respetable dueña, asentada en un sillón de respaldo, sujeto á el lomo de una pacífica mula, y que parecía ser la guardadora de los dos jóvenes acompañantes.

¡Qué hermosa era la castellana! Sus rubios cabellos se destacaban bajo de la blanca y rizada toca que con primorosas labores ceñía su frente tapando por detrás su cuello, y la alta y abrochada túnica que ancho cinturón sujetaba, cubría una esbelta estatura y un cuerpo de admirables proporciones.

Menos rojos eran los colores de las amapolas silvestres que florecían en la pradera, que los labios de la joven; y para más contraste y mayor belleza, sus ojos negros y rasgados, tenían una expresión y una dulzura imponderables. Con razón llamaban á Isabel, el Encanto de la Serranía.

Sin temor al riesgo que no podían prever, tomaron, guiando el paje, un estrecho sendero que conducía á una vivienda, mitad casa, mitad cabaña.

Allí moraba una pobre viejecita, servidora que fué de la madre de la castellana, y á quien visitaba á menudo para socorrerla y consolarla.

Perdió un hijo en un rebato con los agarenos, y el otro que le restaba, quedó enfermo en el castillo á consecuencia de una caída por librar á su dueño de la acometida de un jebatí.

Pero nunca quiso abandonar el sitio donde na-



ciera, y sola, en el dintel de su vivienda, aguardaba con rostro placentero la llegada de la que era el ángel de caridad de los valles.

Este grupo fué el que divisó Hamet en su improvisada atalaya.

Desde su aparición, no podía separar los ojos del rostro de Isabel.

El mahometano sentía latir su corazón de una manera para él desconocida, y sensaciones inexplicables y pensamientos extraños invadieron su cerebro. Habló breves palabras con su esclavo, y se deslizaron silenciosamente á la hondonada á reunirse con sus guerreros.

En tanto Isabel se adelantaba alegre á recorrer el largo trecho que la separaba del objeto de su viaje.

Á medida que avanzaba, el astro del día iluminaba los plácidos sitios, como si el sol se regocijara de contemplar otro astro humano, dechado de pureza y de candor.

Marcelina, la anciana servidora, salió á la puerta, al divisar la visita que tanto anhelara.

Isabel detuvo el paso de su cabalgadura.

Presuroso y con la más franca sonrisa, el paje se arrodilló para sostener el lindo pie de su señora.

Esta, de un salto, pisó la tierra, yendo á abrazar á la que esperaba esta muestra de cariño con las mejillas bañadas en lágrimas.

Mientras el paje y la dueña disputaban acaloradamente el rapazuelo malicioso no se prestaba á

servir de escalera á la guardiana adusta, y á poco si la derriba en la bajada.

Una frase de Isabel la contuvo, y murmurando fué á recoger las bridas de las caballerías.

—¡Qué gran consuelo experimento al veros, mi amada niña, exclamó Marcelina, sois el vivo retrato de la que á todas horas contemplo como si estuviese á su lado.

—Sosegaos, mi buena aya; vuestro hijo vendrá pronto á habitar aquí como antes, que el capellan del castillo le suministra sus más eficaces medicamentos. ¿Pero, y mi regalo de costumbre? añadió Isabel, mirando á todos lados.

—Allí se encuentra, sobre la mesa, respondió la anciana, pero la humedad de estos parajes hace que las flores no ostenten sus más vivos matices: ¡Ay! sus colores son pálidos, y solo reflejan los tintes de las nubes, hacia las que constantemente elevan sus tallos.

Isabel entró en la casa apareciendo en seguida con un pequeño ramo de flores. Unos amarillos alielis se destacaban en el centro, y varias campanillas azuladas los rodeaban.

—Pues así y todo, me gustan, mi buena Marcelina, añadió Isabel colocándose el ramo en el corpiño; siempre las llevo en memoria de mi querida madre, y me parece que las gotas de rocío que entre sus hojas me encuentro, son lágrimas que vierte por su hija al pedir á Dios la libre de todos los peligros.



© Monja del Real Monasterio de Santa Catalina de Valencia, Generalife
CONSERVATORIO DE COLONIA

Un grito de espanto obtuvo únicamente por respuesta.

Marcelina vió salir de entre unos espinos que formaban un espeso vallado, las figuras de dos robustos negros, que se lanzaron sobre ella y la otra sirvienta.

El esclavo de Hamet, ágil como una fiera, sujetó al descuidado paje amordazándole y entrelazando sus brazos con fuertes ligaduras.

Todo ello fué ejecutado en breves instantes. Hamet, frenético, jadeante, se arrodilló ante Isabel, diciendo:

—Hourí del verdadero paraíso de los creyentes, única imágen por quien siento amor eterno; pues la fortuna me depara tan inesperada dicha, ven, y serás la reina y única señora de mi harem.

Pálida como el mármol quedó la castellana, en nada pudo apreciar las palabras que la dirigieran, pues desmayándose hubiera caído al suelo, si el agareno no la hubiese sostenido contra su pecho.

En esta situación, llamó á sus servidores, que aparecieron rápidamente.

—Á caballo, les dijo, plegad las banderas, mis riquezas son vuestras en cambio del botín que os he prometido. Un tesoro por el que diera cien vidas, he conquistado en esta nazarena, ayudadme á conducirla á Granada, y que ni el viento iguale nuestra marcha.

Los guerreros siempre prontos á obedecer á su caudillo, ejecutaron sin replicar sus mandatos.

Hamet montó en su poderoso caballo á la desva-

necida belleza, y cogiendo el ramo de flores, lo llevó á sus labios, lo sujetó enseguida en el turbante, y arrancando el emblema de su lanza, dijo:

—Desde hoy más dejo de ser libre, pues quedé preso en los rasgados ojos de la hechicera cristiana.

Tal habló el caudillo de los ginetes granadinos.

Y rápido como el relámpago, al ejecutar su pensamiento, tomó, seguido de los suyos, sin dejar otra huella sensible de su paso, la vuelta para la ciudad que coronan las nieves del Solair.

Unicamente el halcón rompiendo sus plateadas cadenas, se cernió un momento en los aires, lanzó un lastimero graznido, y fué á posarse en las desiertas almenas del castillo, presagio del dolor que esperaba á sus descuidados guardadores.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

II.

En la empinada cuesta de la Alhacaba, enfrente de la *puerta de los Estandartes*, se levanta un magnífico edificio. Es el palacio de Hamet, el walí más poderoso entre los de su tribu.

Pero ya en sus lujosas estancias, y en sus afiligranados pabellones, no reina la alegría que antes.

La tristeza domina por donde quiera, y ni lujosas cabalgatas, ni grupos de activos servidores

salen de ella para dirigirse al alcázar de la Alhambra.

Y no es que el Monarca, siempre generoso con sus valientes capitanes, no le perdonara el poco éxito de su expedición; antes por el contrario, sabedor de la ardiente llama que abrasara al guerrero, le ofreció un rico presente para la que creía dichosa castellana.

Esta motivaba todos los pesares. Las emociones que experimentó, la rápida carrera sufrida hasta llegar á Granada, y la vista de Hamet siempre á su lado, alteraron de repente su razón y se volvió loca.

Pero su extravío era pacífico, y su dolor mudo; lento, sin darse cuenta de lo que á su lado ocurría, y como si se hubiese trasportado á otro mundo y á distinta naturaleza.

Vagando como una sombra por los hechiceros jardines del palacio de Hamet, seguida de dos esclavas que la guardaban cariñosas y que obedecían á sus menores caprichos, su ocupación consistía en formar incesantemente ramilletes de flores, que á seguida deshojaba como no satisfecha de su obra.

De todas las plantas que allí florecían, los rosales eran á los que mayor atención prestaba.

Y cuenta que los había de distintas especies y matices.

Pero Isabel los recorría todos: arrancaba anhelante sus mas lozanos capullos, los miraba un instante, una leve sonrisa entreabría sus labios, pero

duraba un solo momento, y despues, los arrojaba desdeñosa vertiendo lágrimas de amargura.

Y el moro, testigo silencioso de tan apenadora escena, se consumía de dolor, y hubiese dado su existencia por devolver la salud á su bella cautiva.

Los más sábios alquimistas, los más famosos médicos de Córdoba la sometieron á sus cuidados, y todo fué inútil. Ni un solo destello de razón volvía al cerebro de la jóven. Pero el verdadero amor procura efectuar milagros.

En fuerza de observaciones, Hamet notó que la manía de Isabel era encontrar una flor tal como ella se la pintaba en su fantasía. Tanto más, cuanto que al recogerlas, alzaba en seguida los ojos al firmamento, buscando un tinte, un colorido que no hallaba en sus hojas.

Entonces, plantó las especies más desconocidas; gastó enormes sumas en la adquisición de rosales de los más remotos países; y los pensiles de Alejandría fueron tributarios de los jardines del generoso musulmán.

Pero la época de los hielos, envolviendo los campos, detuvo las esperanzas que abrigara; y su pecho lacerado suspiraba ansioso por la vuelta de la dulce primavera.

El trino melodioso del pájaro, emblema de la fidelidad conyugal, fué su mensajero, y las sencillas violetas las primeras florecillas cuyo aroma aspiró con delicia Isabel.

Y ante el influjo benéfico de las auras de Mayo,

los rosales se cubrieron á porfía de espléndidos capullos, y blancos, y encarnados, y rojizos, y amarillentos, y de cuantos colores eran conocidos entonces, se ostentaban lozanos en sus erguidos tallos, saturando el palacio de deliciosos perfumes, y recreando la vista con tan múltiple variedad. Mas las ilusiones del sarraceno fueron disipadas por la más triste de las realidades.

Isabel siguió en su tarea de formar ramos, de escoger lo más selecto en aquel paraíso de verdor, pero sus caprichos no se cumplieron, y al ocultarse el sol en la serena tarde, volvía á caer en un banco, insensible, yerta, teniendo que ser transportada á sus habitaciones en los brazos de las esclavas.

Hamet se consumía de pesar; y no porque la jóven huyese de su presencia, antes al contrario, muchas veces le agarraba de la mano, y le hacía recorrer las vistosas calles de sus jardines fijando sus ojos en los suyos, con una expresión de dulzura y de pena, que conmovía á cuantos la contemplaban.

Así es, que la jóven era querida de todos los que moraban en el palacio, interesándose, aunque en vano, por su salud.

Una tarde en que más preocupada que de costumbre, se entregaba á su ocupacion habitual, un anciano jardinero, el más respetable de todos los sirvientes, y favorito del padre de Hamet, que sentía al par de su dueño el sensible estado de la cautiva, y que por ello seguía sus pasos, la oyó dar un

grito repentinamente, y descubrió la causa. Un rayo de sol, hiriendo de soslayo una nubecilla que flotaba en el firmamento, teñía del color de los cielos un hermoso rosal, cuyos entreabiertos capullos en vez de rojos, aparecían de un suave tinte azul.

Isabel cortó instantáneamente tres ó cuatro, fué á unirlos, pero al mirar deshecha la ilusion de su acalorada fantasía, las lágrimas inundaron su rostro como de costumbre.

El anciano sirviente dispuso que la condujeran á su estancia, y buscando á su señor le dijo:

—Son inútiles todos nuestros esfuerzos, solo Allah, puede volverle la razon. Las rosas azules que la cristiana apetece podrán hallarse en los jardines del paraíso que pueblan las houries prometidas al cumplido musulmán, pero no existen, noble guerrero, en los de la tierra.

Así habló el viejo; Hamet exhaló un suspiro de inmenso dolor, añadiendo:

—Su vida es la mia; y pues se necesita un milagro para salvarla, yo lo pediré á ese Dios, á quien los ojos de Isabel buscan de continuo en las alturas.



III.

El sigilo con que el batallador mahometano llevó á cabo la algarada que le hizo ser dueño de la j6ven, llen6 de honda amargura al castellano de la serrania. En vano los espías y renegados se ocupaban en hacer averiguaciones del paradero de aquella; ninguna noticia exacta recibió que pudiera dar luz á sus planes, y la pena le devoraba, aumentando sus padecimientos. Todas sus esperanzas estaban amortiguadas, cuando una tarde se le presentó la antigua servidora de su esposa, expresando su deseo de hablarle á solas.

El padre de Isabel la recibió en seguida; y no sería desagradable para este la conferencia, cuando desarrugando el semblante y con una alegría en él inusitada, ordenó á su más fiel escudero obedeciese ciegamente sus órdenes.

¿Qué había ocurrido aquella mañana en la cabaña de la pobre Marcelina?

Un arrogante mancebo, vistiendo al uso de los soldados de la corte de Castilla y seguido de un esclavo negro, montados en briosos caballos, se le habían presentado.

Al principio, la mujer denotó el más terrible es-

panto, al encontrarse ante aquellas fisonomías que su cerebro conservaba impresas en un día de eterno luto, pero tranquilizándose á medida que la conversación se animaba, escuchó los proyectos del jóven, aprobándolos en silencio, y concluyendo por decir:

—La Santa Virgen de la Consolación nos favorecerá en nuestra empresa. Corramos á ver la amada de mi alma.

IV.

Llevemos nuevamente al lector al palacio de Hamet. En el extremo de los jardines y penetrando en el cerro que los resguarda, existía una oculta mazmorra, donde encerraban á los míseros cautivos. Mas el sitio ha sufrido una transformación encantadora.

En vez de cadenas ó señales de tortura, las paredes están cubiertas de riquísimos damascos, tupida alfombra tapiza el pavimento, y suave perfume llena los ámbitos. En lugar de gritos de desesperación de los que sufren, se oyen ténues, pero dulces voces que murmuran plegarias, y en el fondo, bugías aromáticas iluminan un pequeño altar, donde la imagen de la Santísima Virgen, presta su divina protección á los que la imploran.

Arrodilladas se encuentran Isabel y Marcelina.



El moro las contempla con afanosa mirada, y á lo lejos el esclavo etiope, desenvainado el alfange, guarda el sitio del misterio, que nadie, bajo pena de su vida, puede descubrir.

Los ojos de la niña demuestran más tranquilidad de espíritu. No los aparta de la sagrada imágen; mientras que la buena anciana cruzando las manos, espera se realice el milagro apetecido.

Ella se levanta de repente, un vivo rubor colora sus mejillas; y arrojándose en los brazos de Marcelina, la dice:

—¿Dónde estoy? Esta no es la capilla de la casa de mi padre, pero mi amada Virgen y mi buena aya, no me han abandonado.

—Nada temas, hija querida, aquí y en todas partes, su sagrada protección te cobija.

El gallardo musulmán se acercó entonces, sin que Isabel diera señales de temor. Antes por el contrario, señalándole á Marcelina, añadió:

—También recuerdo que siempre habeis querido mitigar mis pesares.

—Y esa será mi ocupación mientras aliente, contestó el enamorado jóven; y suspirando, repuso: Si es que no me aborreceis y me permitís que viva á vuestro lado.

Isabel le tendió la mano. Lentamente le condujo al altar, é inclinándole le dijo:

—Pedid á mi divina Protectora lo que ella únicamente puede otorgaros.

.....
Pasaron algunas semanas. La bella cautiva reco-

bró por completo la salud, y Hamet, á quien sus deudos suponían encerrado en su vivienda, y sumido en honda amargura, empezaba á gozar de la más inefable de las dichas.

Una tarde, al ocultarse el sol en el lejano horizonte, dorando los altos picos de la sierra de Parapanda, se reunieron en el jardín los jóvenes y la anciana.

—Hoy me despido de mis flores, murmuró ella, y sin embargo....

Hamet tembló como temiendo vacilase la razón de la cristiana, la que lanzando suspiros, aunque débiles, expresaba un deseo que no podía satisfacer.

—Amado de mi corazón, dijo al guerrero; busco una que llevarme como testigo de mi recobrada felicidad, y no la hallo. Tus flores aún no están purificadas. Y una sombra oscureció su frente; y empezó á vagar por las calles de rosales, como en los días de su fatal locura.

Marcelina caminaba detrás sollozando, y Hamet en el parasismo de su dolor, alzando la vista al firmamento se le oyó decir:

—Santa Madre de los afligidos, haced el milagro que os pedimos, ya que vuestra bondad es infinita.

Cuenta la tradición, que apiadada la Virgen del arrepentido musulmán, y para arraigarlo en su fé, hizo que repentinamente bajara una nube envolviendo en ténue y celeste gasa los jardines. Que enseguida, Isabel exclamó:

—Por fin encuentro las rosas azules dignas de

ser colocadas en el altar de la Virgen sin mancilla. Y apresurándose á formar un ramo, se dirigió llena de placer al oculto oratorio.

Al amanecer del siguiente día, y ocultándose de todos, un grupo de cuatro personas de distinto sexo, marchaba con rapidez hácia la frontera.

¡Siempre la fuerza del amor ha sido invencible!

El sabio Mahomet perdía una de sus mejores lanzas, y el rey cristiano adquiriría en cambio un denodado capitán, que ostentando una roja cruz al pecho, pasaba á establecerse con ricos tesoros, en las comarcas de la otra orilla del Ebro.

V.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Bajando la cuesta que termina en la puerta Monaita, y entrando en la de la Alhacaba, á mano derecha se vé un extenso huerto, poblado de punzantes nopales, y que pertenece á una humilde familia de jornaleros, que lo dejan destruirse poco á poco.

¿Quién había de figurarse hoy ante aquellas miserables ruinas, que en aquel sitio se levantara, hace algunos siglos, el palacio suntuoso del caudillo Aldoradin?

Y sin embargo, nada más cierto. Aún puede verse la oculta cueva incrustada en las entrañas del

cerro á que dá nombre la iglesia de San Cristobal, y donde se supone acaecido lo que se refiere en esta leyenda.

Otros vestigios no se descubren, más señales no pueden aparecer ante la vista; pero bajando, como yo lo he hecho, á las altas horas de medrosa noche, cuando las tinieblas dan al contorno un colorido vago y fantástico, deteneos ante el derruido arco de lo que fuera portón en otras veces, subid un poco hasta las pobres viviendas, y tal vez entre la yerba menuda que brota debajo de las chumbas, descubran vuestros ojos algún olvidado capullo, que os parezca, como á mí, vástago todavía de los rosales azules de Isabel.

¡Y es, que este purísimo color, nunca logrado en la tierra, está reservado solamente para los cielos, donde se halla la verdadera felicidad!

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCIA

LA CASA DEL ARCO. (1)

Leyenda.

I.

—Si os preciais de caballero,
como lo indica esa banda,
responded á mi demanda
desenvainando el acero.

Que habreis de tener en cuenta,
además de mi razón,
que me abrasa el corazón
la memoria de mi afrenta.

Pues quien comete el delito,
y huyendo su daño agrava,
con sangre el honor se lava,
y yo mi honor necesito.

—Ni huyo, ni me escondo, hidalgo,

(1) Esta leyenda, y las tituladas *La casa de la Yedra*, *La gallina con los pollos de oro*, *La casa del Carnero*, *El portón de Baqueta* y *Los siete duendes blancos*, formaron la colección que obtuvo el premio en el Certámen del Liceo en este año de 1886.

para no ser descubierto;
de la casa estuvo abierto
el postigo para algo.
Y si entré sin vacilar
cuando las doce sonaban,
es porque dentro aguardaban
y no acostumbro faltar.
No me puedo permitir
daros más amplio detalle;
o dejais franca la calle,
ó empezamos á reñir.

De un farol medio apagado
á la mortecina luz
que alumbra á un Cristo en la cruz,
en un nicho colocado,
se arriman para saciar
el encono que los ciega;
más el reflejo les llega
y se miran vacilar.
Tanto, que el que habló despues
le dice, grave y sensato:
—Matadme, yo no combato
con el hermano de Inés.
Y el de la ardiente querella
humilde ya como un niño
responde:—Tampoco riño
con el hermano de Estrella.



Ya no hay acero en la mano
ni en nó pelear mancilla,
en Don Luis de Soldevilla
y en Don Francisco Arellano.
Que cesando en su desvelo
marchan por distinta parte;
mientras la aurora reparte
su claridad en el cielo.

II.

Hace cerca de tres siglos
que en la opulenta Granada,
un mayorazgo vivía
de riqueza y de prosapia.
Para buscar un alivio
en la salud que le falta,
viene á otro clima más dulce
de las leonesas montañas.
Que, caballero ante todo,
riñó muy rudas batallas
en defensa de su Dios,
de su rey y de su patria.
Una vivienda morisca
adquiere, limpia, y restaura
con honores de palacio
y sobrenombre de casa:
Del valle ameno del Dauro

recibe las puras auras,
y la vista se recrea
teniendo enfrente la Alhambra.
Don Pedro de Soldevilla,
profeso de Calatrava,
con Don Luis y Doña Inés
y su séquito se instala.
En su hijo mayor contempla
el sucesor de su raza,
y en ella el vivo retrato
de una esposa á quien amara.
Corto paseo las tardes,
á misa por las mañanas,
visitar en los domingos
y encastillarse á las ánimas,
eran solo los asuntos
que al hidalgo preocupaban,
amén de un catarro crónico
ya con honores de asma.
Aunque enemigo de bodas,
tiene la de Inés tratada
con un deudo aragonés
que con la córte se halla.
No se cuida de Don Luis,
que es mozo de prendas altas;
más bien se opone, que al cabo,
le entretiene y acompaña.
Mas la voluntad del hombre
es débil, porque es humana,
y cuando D. Pedro corre
los cerrojos de su estancia,



—29—

sus hijos á sus amores
desvelados se consagran;
por eso se abren postigos
y relucen las espadas.

III.

De San José feligreses,
habitan calle de Bravo
D. Francisco y D.^a Estrella,
muy cariñosos hermanos.
Llevan blasón de hidalguía,
y aunque el caudal no es muy largo,
les basta y sobra; sobra que tienen
orden, modestia y recato.
Antes de morir el padre
fué capitan de caballos;
dejó el servicio, que tiene
casa y hermana al cuidado.
Es de arrogante figura
y frisa en los treinta años,
y á pocos sientan mejor
los arreos del soldado.
Estrella cumple tres lustros
y es de hermosura un encanto,
con sus ojos de gacela

y sus cabellos castaños.
Las negras tocas de luto
sirven de precioso marco,
á la figura de un ángel,
su verdadero retrato.
Niña, que de la inocencia
se envuelve en el rico manto,
y es entreabierto capullo
donde amor no ha penetrado.

En una festividad,
se reunieron los hermanos:
las redes tendió Cupido
y tres en ellas quedaron:
La viva llama se enciende
con un poder soberano,
y devora corazones
al impulso de sus rayos.
Que es D.^a Inés muy hermosa
en su tipo castellano,
y aunque en montañas nacida,
hay un volcán en sus labios.
Don Francisco, más ligero,
logró ser afortunado;
Don Luis pasea la calle,
suspira y se cansa en vano.
Con una sirvienta antigua,
anda hace días en tratos;
quizás entre las cortinas
agradezcan sus cuidados.



Patrocinado por el Consejo de la Alhambra y Generalife
CONSEJO DE LA ALHAMBRA Y GENERALIFE

Tal era la situación
antes del primer relato,
y ahora nos falta explicar
qué diera á la riña pábulo.

IV.

A deshora en noche oscura
se siente abrir una reja,
un bulto la esquina deja
y en llegarse se apresura.
Pudiéndose comprender,
de un lucero al brillo tardo,
que él es mancebo gallardo
y ella una hermosa mujer.

—Bien mio, dice el galán,
descubro en tus ojos pena;
¿quién la dicha me enagena
y quienes motivo dan?

—Llegó el trance doloroso,
le responde entristecida,
avisó ayer su venida
quien me destinan de esposo.

—¡Don Guillen!

—Ya te advertí
el convenio de años hace.

—Cálmate, otro desenlace

ha de tener para tí.

—¿Cómo?

—Dime sin ficción,
¿soy yo tu amor verdadero?

—Bién lo sabes, que te quiero
con todo mi corazón.

Y aunque á la contraria suerte
otro destino le cuadre,
desobedezco á mi padre,
siendo tuya hasta la muerte.

—Bendita la dulce boca
que me inunda de esperanza;
pon en mí tu confianza
y escucha, qué obrar me toca.
Como hidalgo y bien nacido,
ante la cruz de mi espada,
júrame, Inés adorada,
que me aceptas por marido.

Ella la mano sacó
y al amante la confía.

—Tuya siempre.

—Siempre mía,
ecc doble repitió.

Ya se acercaba la luz
y hubiera en seguir exceso.
Oyóse el ruido de un beso;
tal vez besaran la cruz.



V.

Es Don Guillén de Moncada
aragonés testarudo,
á quien lo rico y señor
dobla y aumenta sus ímpetus.
Viene á cumplir su promesa
por distracción ó recurso,
y quiere ver andaluzas
antes de echarse los nudos.
En recibirlo, agradables
son padre é hijo los únicos;
la jóven pretexta un mal
y se excusa de saludos.
No se enoja Don Guillén:
descansa, y se viste al punto,
y corre por la ciudad
buscando paisanos suyos.
Por donde mira salir
(que puede el acaso mucho),
á Estrella con su guardiana
de unas compras al asunto.
Verla y quedarse prendado,
obra fuera de un segundo.
—Vengo á casarme, se dice;
mas ahora por mi honra juro,
que ha de ser con esta dama,
aunque arriesgue vida y juicio.

VI.

Junto al átrio de la iglesia,
al oscurecer de un mártes,
se vé una tapada dueña
y un embozado á su alcance.
Cuando se contemplan solos
muy amistosos departen,
y despues para cautela,
á hondo portal se retraen.

—¿Qué noticias?

—Nada buenas.

—Pues cuentalas al instante.

¿Me ha visto desde el balcón?

—Ojalá no le mirase.

—¿Pues cómo?

—Cuando con maña

logré la atención llamarle
al pararos en la esquina,
le dije con mucho arte:
¿Qué os parece el caballero?
y me respondió burlándose:
Me parece un ganapan;
y echó el viso á los cristales.

—Muy bien, mi señora Estrella,
veremos los ganapanes
si no pedís de rodillas,



que desde el lodo os levanten.

Don Guillen, no incomodaros...

—Escuche la dueña, y calle.

Soy rico, como sabeis,
¿cuánto ha de valer la llave?

—Jesus, para que despues
la Inquisición me tostase.

—Eso ha de ser á la postre,
si es más pronto mejor sabe.

—¡Qué bromas!

—Pronto, mi bolsa
ya presurosa se abre.

—No puedo.

—Cincuentas doblas
relucientes y sonantes.

—Me comprometeis.

—Afloja.

Tomad y Dios os ampare.

—Terco, como aragonés.

—Y tú bruja de aquelarre.

—Si lograis vuestra intentona,
por el bien decir, atadme.

—Por eso no pases miedo,
que te apretaré de valde.

—No mucho, que me hagais daño.

—Ninguno; si acaso ahogarte.

Dejó el hidalgo el portal
menos adusto el semblante,
y la vieja salió luego
echando el rosario al aire.

VII.

A la puerta de Arellano
se detiene desde luego,
aquella noche á las doce,
un bulto armado y siniestro.

La llave en la cerradura
introduce como dueño,
cuando súbito se acerca
otro que estaba en acecho.

—A esa puerta no se arrime,
que la defiende mi acero;
dice, cuando desenvaina
y afirma el dicho y el hecho.

—Atrás, responde furioso
el que se acercó primero,
y con la espada en la mano
va á su contrario derecho.
Este le recibe inmóvil,
le dá un quite de maestro,
y atravesándole el brazo
el arma arroja en el suelo.

La pisa y rompe la hoja,
y el herido al conocerlo
vomita una maldición
y huye calando el sombrero.



No trascurren dos minutos,
y otro bulto ocupa el puesto,
muy decidido también
para introducirse dentro.
Mas antes de que lo logre
sale el primer caballero,
y con grande cortesía
pide le escuche un momento.

—Tomad, le dice, otra llave,
vaya la dueña á un encierro,
que quien descuida su hogar
lo expone á peligro inmenso.
Sé que venís de mi casa,
que estoy en todo el secreto
y he perdonado á mi hermana
en gracia de otros afectos.

—¡Don Carlos de Soldevilla!

—El mismo soy, conteneos.

Un malvado se atrevió
á realizar un proyecto,
en mengua de vuestra honra
y de un amor que profeso.

—¿Y mi Estrella?

—Nada sabe;

ni de mi pasión lo cierto,
ni el peligro que pasara,
ni el castigo al del intento.

—Tomad, Don Carlos, mi vida,
y pues soy hermano vuestro,
mi casa que habeis salvado
siquiera honradla un momento.

Pasó una hora, el bullicio
ha sucedido al silencio,
y dueños y servidores
han abandonado el sueño.

Destocada y ruborosa
deja Estrella su aposento,
el amante queda inmóvil,
no hay otro rostro más bello.

—Es Don Carlos Soldevilla,
dice, el de la casa dueño;
nos ha salvado el honor,
que es la joya de más precio.

De esta noche para siempre
yo como hermano le tengo,
tú si complacerme tratas,
profésale el mismo afecto.

Levantó Estrella los ojos,
púsolos en el mancebo;
si imán tienen las miradas,
allí lo tuvo de cierto.

Que al retirarse la niña
lanzó un suspiro su pecho,
preludios de una pasión
de inolvidable recuerdo.



VIII.

Gustoso se halla Don Luis,
sufre de la tos acceso,
y entre las manos estruja
un billete sin leerlo.
Bién temprano se lo traen,
y dispone que al momento
le despierten á su hijo,
que ha de celebrar consejo.
Acude el mozo, obediente,
y, toma, le dice el viejo;
es un asunto de honor,
mira lo que hacer debemos.

Don Cárlos sosiega al padre,
pues ya se figura el hecho,
y desdoblado el papel,
se entera de sus conceptos.
«Señor Don Luis Soldevilla,
» mi amigo caro y mi deudo,
» no extrañe no fuera anoche,
» y qué mude de aposento.
» Herido estoy, y no de amor,
» que Inés no se cuida de eso,
» ni yo, por decir verdad,
» tampoco sufro el tormento.
» En una calle, que callo,

»y por quién, que lo reservo,
»me dieron una estocada
»y no conseguí mi intento.
»Salgo para mi Aragón,
»el trato queda deshecho;
»si ofendí, también ofensa
»he de guardar en secreto.»

—¡Y lo firma Don Guillen!
¡Y tú te quedas tan fresco!
Vamos, el juicio me quitan
estos hombres y estos tiempos.

—Señor, dice con cariño,
abrazándole el mancebo,
descuidad por nuestro honor
que está limpio como el cielo,
y al enemigo que huye
puente de plata le haremos.

—¿Pero cuándo el de Moncada
ha sido enemigo nuestro?

—Vino á cumplir lo pactado
y se olvidó sus empeños,
metiéndose en una empresa
indigna de un caballero.

Inés, por fortuna suya,
no le dedicó su afecto;
no se hable más del asunto,
y olvido, señor, le demos.

—¿Más y la boda?

—No falta;
hermana, ven é imploramos
el perdón de este buen padre,



ayuda y amparo nuestro.

—¿Qué ocurre? Me volveis loco,
hijos, con tanto misterio.

—Que Inés adora á un galán
y yo por su hermana muero,
y que ganais otros hijos
dos enlaces permitiendo.

Quedó trémulo Don Luis
y espera que hable Don Pedro.
Este medita, y pregunta
alzándose en pié derecho.

—¿Son nobles?

—Como nosotros.

—¿Sin tacha?

—Como un espejo,

—¿Él?

—Capitán de caballos.

—¿Y ella?

—De virtud modelo.

—Siempre os adoré, hijos míos;
háganse los gustos vuestros:
mañana, pídamе á Inés;
al otro, sigo su ejemplo.

A los brazos de su padre
se arrojan, llanto vertiendo,
y la alegría establece
en las dos casas su imperio.

IX.

Del celebrarse las bodas
solo han corrido tres años,
y tantas felicidades
casi alivian al anciano.
Se eclipsa mirando á Estrella
y se emboha con su hermano,
y despues en cuatro nietos
que siempre están á su lado.
Ya los mayores le tiran,
ó tragan con desparpajo,
las pildoras de la tos,
los polvos azucarados.
Unas veces les sonríe,
otras los manda al diablo,
mas ni los chicos se van
ni él repite sus mandatos.
Son los esposos felices,
que la ventura han logrado,
porque el amor verdadero
es quien aprieta los lazos.



P.C. Miguel Montalvo Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

EL PORTÓN DE BAQUETA X

Por enfrente del aljibe
nombrado de las Tomasas,
aunque ruinoso y deshecha
se puede ver una casa.

En la herradura por donde
tiene la puerta de entrada,
y en el declive del piso,
que su antigüedad proclama,
hace que choque á la vista
y entonces su nombre indagan.

Y que es la *Casa del Arco*
le responden sin tardanza,
cuantos viven en el barrio,
y aquellos lugares andan.

EL PORTÓN DE BAQUETA.

Leyenda.

I.

Es una hermosa mañana de primavera del año de 1569. Vencida la rebelión morisca en la Alpujarra, por el valor de los tercios castellanos, y por la nunca desmentida condición tornadiza y sediciosa de los moriscos para con sus caudillos, Granada vió entrar triunfantes sus huestes, y la calma con tanta razón perdida, volvió á ostentarse en sus ámbitos.

Los sectarios del profeta, que aún no abandonaron sus antiguas viviendas, ocultaban su vergüenza y su espanto en los más ocultos pazadizos, y lágrimas de rabia surcaban sus tostadas mejillas, pensando en el trágico fin de Aben-Humeya, y en la pérdida total de sus locas esperanzas de restauración musulmana.



JUNTA DE ANDALUCÍA

II.

Al pié de la torre de la antigua parroquia de San Cristóbal, y como respiradero abierto para el monte inclinadísimo que desde aquel edificio bajaba á el arrecife de la Alcazaba, tan cruzado por los ginetes zегries en las eternas revueltas del Albaicín contra la Alhambra, se hallaba la entrada de una espaciosa cueva que ensanchándose por grados muchas varas en redondo, concluía en una angosta mina, tal vez salida oculta, ó tal vez subterráneo de respiración desconocida.

No estaba, como las que hoy existen, al borde de una vereda, y sujeta á las miradas profanas; antes bien, una cerca extensa de agudos espinos y punzantes nopales, defendía el terreno de aquella, formando una especie de murado recinto, de vista portentosa desde la altura, y de adorno del cerro por los opuestos costados.

Allí lozanas parras lucían sus ópimos racimos, y por la estación que nos ocupa, la blanca flor de los perales, y la rojiza de los albaricoqueros, perfumaban el ambiente y alegraban la vista, mientras los alelíes jaspeados alentaban á abrirse á los capullos de los rosales, que empezaban á colorarse al sol primaveral.

Una bulliciosa fuentequilla saltando á pocas varas de la entrada repartía su caudal en claros arroyos, llevando la vida y la frescura á los acirates llenos de matas de claveles de todos colores.

Un frondoso limonero, señal inequívoca de lo templado del sitio, á cubierto del helado viento del Norte, se alzaba á la izquierda de la cueva, desde donde un estrecho camino guiaba á la falda del monte, terminando en un grueso portón claveteado de hierro, forrado de baqueta, y encajado en dos gruesos muros de mampostería, única entrada para aquella escondida vivienda.

Y, cosa extraña, el cuero durísimo del forro de la extraña puerta, estaba rayado con signos cúficos, y lo mismo la clavazón, aunque ennegrecida por la intemperie.

Los moradores de aquellos contornos la conocían por la *Cueva del portón de baqueta*, y fuese temor á los reforzados y punzantes setos de su cercado, ó á los ladridos de un terrible alano, guardian feroz de la propiedad extraña, ó á la reputación de los moradores de ella, lo cierto es, que ningún indiscreto se atrevía á dirigir sus miradas ni sus pensamientos al interior.

Veamos si estos temores estaban motivados.

Tres solamente eran los habitantes de aquel sitio.

Un anciano moro, de barba blanquísima, traje limpio, pero modesto; un esclavo etiope, también en la edad madura, y que se ocupaba en los trabajos agrícolas del recinto y una bellísima joven



Publicación de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

que no había cumplido aun sus diez y siete abriles.

Nada más hechicero que aquel rostro de hourí, ni nada más gallardo que su esbelto cuerpo que se cimbreaba á cada oscilación de su flexible talle, ni otros ojos más negros y seductores se vieron en ninguna de las vírgenes del profeta.

Pero lo que llamaba la pública atención de conquistados y de conquistadores, lo que unía á su hermosura un encanto inexplicable, era el metal de su voz, un dulcísimo acento como los más suaves trinos de los más melodiosos ruisseños, y que le había valido entre el vulgo el sobrenombre de *Pico de oro*.

Ignoraban los cristianos su origen, y tenían al moro por un santón de la falsa creencia, fundándose en el respeto que le profesaban los antiguos señores de Granada.

Antes de la rebelión de los monfies, veíase todas las tardes al anciano acompañado de la jóven, situarse en un ángulo de la muralla de la Alcazaba Cadima, hablando con los peones que llegaban de la vega. Cuando estalló la guerra, el moro fué muy vigilado por la justicia; pero no encontraron nada que perjudicase á su conducta y por otra parte la niña era considerada por todos, por su esmero en cuidar al que creían su padre y por su rectitud y entereza de carácter.

Vencidos los monfies y muerto el último pretendiente á una corona imposible, Ben-Abdalá que así se llamaba el viejo, devorado interiormente por los pesares, perdió del todo la vista.

Ya no salía de su cármén y solo se aseguraba su existencia oyendo los alegres cantares de la doncella.

Cuando en el siguiente año, en el desastroso mes de Marzo de 1570 fué decretada la total expulsión de los musulmanes, fué con su hija y el esclavo encerrado en el Hospital Real del Triunfo, para hacerle saber la inalicable resolución que tantas ruinas trajo al floreciente comercio y á la portentosa agricultura granadina.

Su misma inutilidad física le salvó, y quizás alguna secreta influencia, pues le achacaban poseer inmensos tesoros.

Presenciando la formación de los grupos de estos desgraciados que habían de ser conducidos á país lejano, se hallaba D. Alonso de Correa, de una noble familia valenciana y voluntario en los tercios de D. Juan de Austria, de quien trajo una comisión á la ciudad para el Presidente de la Chancillería.

Ver á Fátima, escuchar su argentina voz, y quedar perdidamente enamorado, fué obra de cortos instantes.

Siguió sus pasos, averiguando cuanto le concernía, y sin respeto á su elevada clase y diferencia de razas, solicitó una entrevista con Ben-Abdalá.

—Soy le dijo, pronunciando su nombre, un hidalgo cuyo blason se remonta á D. Pelayo y primogénito de un mayorazgo de los más ricos del país. Mi padre, impedido como vos por sus achaques, me ha enviado á las órdenes del valiente entre los valientes á cumplir mis deberes de noble, ejercitando



las armas. La guerra está para terminarse, pero yo he quedado cautivo en los ojos de vuestra hija. Si como iudica vuestra permanencia aquí, vais á dejar as falsas creencias por la religión verdadera, prescindo de todo, y con arreglo á mi clase os pido la mano de vuestra hija.

Cuando D. Alfonso esperaba plácemes y gratitud, quedó sorprendido de la respuesta.

—Sin duda creéis, hidalgo, que me dispensais merced en vuestra peticion. Os equivocais. Tal vez siendo de tan alto linaje, seais poco para la descendiente de los ilustres almoravides. Sangre de reyes circula por sus venas, y cuando su heróico padre y sus hermanos murieron en la batalla de Lucena, tocó quedar al mio al reparo de vástago tan ilustre. Fátima no es mi nieta, yo soy únicamente el guardian de su descendencia, mas juré por Alá que nunca permitiría se uniese á los enemigos de mi dios y de mi patria. Vuestra nobleza y juventud me han hecho hablar de lo que no debiera; si sois leal, olvidadlo, así como la existencia de unos séres que no volveréis á contemplar. Y envolviéndose en su albornoz conducido por el esclavo, se introdujo en sus habitaciones interiores.

Don Alonso quedó atónito, y cuando meditaba proyectos y temeridades, recibió una orden del Marqués de Mondejar, de que en lo sucesivo se abstuviera de molestar al mahometano.

El favor de este con los poderosos estaba bien á las claras.

Entonces la pasión del jóven, en lugar de apagar-

se con el desprecio, tomó nuevo incremento. Abandonando otras ocupaciones, se le veía errante por los alrededores del encantador paraje, mudo, respetuoso, esperando poder contemplar la bella figura de Fátima, pero sin conseguirlo en infinitas ocasiones.

A ella, le chocaba, al aproximarse á la cerca de rosales que formaban una olorosa guirnalda, que la hacía invisible, descubrir el gallardo caballero, que con su airoso chambergo, su colete anteado, ceñida la flamante espada de Toledo, y envuelto en roja capa, no quitaba la vista de aquel paraje, siendo objeto de compasión de los moradores del barrio, que sabían que aquel recinto era fortaleza inexpugnable.

Poco á poco se fué acostumbrando á contemplarlo, y aún en sueños se le presentaba su imagen perturbando sin saber por qué su alegría infantil y su reposo.

Algo debiera entender su padre adoptivo, ó bien por indicaciones del esclavo, que Fátima despues de una ligera conversación, no volvió á reaparecer en el cercado.

D. Alonso se sentía desfallecer, ignorando ya de qué medios valerse para poder comunicar con la jóven. Supo que el judío Simuel, que habitaba junto á la mezquita mayor, era banquero y grande amigo de Ben-Abdalá. Llenando un bolsillo de oro se presentó ante él, pintándole con los más vivos colores su respetuoso amor y los fines que le encaminaban.



El israelita, avariento como todos los de su raza, le escuchó con paciencia, respondiéndole:

—Por nada en el mundo haría traición á mi amigo, si no comprendiera que no debe quedar sola y abandonada la noble doncella, orgullo un tiempo de mi país. Al presente, nada más puedo deciros, volved en la semana próxima.

El hidalgo fué exacto á la cita. Nada bueno pudo decirle el judío, asegurándole que una pequeña indicación, había enloquecido de furia al anciano. Lo que ocurre es otra novedad, el negro ha sido enviado á Africa, é ignoro el motivo, y me ha encargado le busque otro, ó un buen servidor.

Una idea cruzó rápida por la mente del jóven.

—Recomendádme, le dijo. Entiendo el árabe, y drogas tendreis y traje, para disfrazar mi fisonomía y mi persona.

—¿Pero os someteréis á esa humillación?

—¿No soy esclavo de mis amores desde la vida?

No vacilemos, estoy dispuesto.

D. Alonso penetró de caballero en la trastienda, y salió enteramente desconocido. El sedoso bigote cortado, así como el cabello, la tez cobriza, y las prendas de vestir en armonía con su nuevo ejercicio. Fué recibido por la doncella, quien leyendo á su padre el pergamino del hebreo, lo dió por admitido.

¡Qué no vencen las pasiones! ¡Quién viera al opulento hidalgo cavar la tierra, y hacer las faenas más rudas y enojosas!

Y sin embargo era feliz. Á todas horas miraba á

la dueña de su corazón, y en adivinar sus más mínimos pensamientos cifraba toda su dicha.

También Fátima era más dichosa. Á poco de la llegada del esclavo, se encontraba en su aposento un cartel firmado por un D. Alonso, que suponía ser el hidalgo que antes la rondara. En vez de enterar á su padre lo guardaba, y con Ali, que tal había dicho llamarse el fingido esclavo, entablaba en la glorietta del huerto, largas conversaciones sobre los caballeros de Castilla, mas sin atreverse á indicar nada que pudiera descubrirla.

Estas frases colmaban de felicidad á D. Alonso, que redoblaba los billetes y las misivas. Solo el anciano, á pesar de los solícitos cuidados de los jóvenes, se entorpecía é iba apagándose por momentos.

Una noche el mancebo se colocó en el ángulo más lejano del jardín, y acompañándose con su laúd, cantó al sentir que se aproximaba la morisca, lo siguiente:

En tus ojos brilladores
arde un fuego celestial;
tus mejillas son dos flores
arrancadas de un rosal.

¡Quién al verte no suspira
con ardiente frenesí!
Queda preso el que te mira
en tus labios de carmin.

Ella se detuvo ante aquella inesperada música. ¡Cómo suponer que el esclavo sintiese y se expresara de tal manera! Sin saber qué partido tomar,



Patrimonio Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

retrocedió á su cuarto encontrando otro billete que decía:

—Mañana probará Don Alonso que el amor le hizo esclavo.

La curiosidad mujeril y el cariño que se había despertado por primera vez en su alma, hicieron que Fátima anhelara las nuevas tinieblas.

Á la hora convenida, los preludios de la canción volvieron á escucharse. Ella se adelantó anhelante, y cuál fué su sorpresa al encontrarse á Alí, con el cutis blanco, el cabello rubio, y vestido como el caballero de la capa encarnada, salvo el poblado bigote que sombreaba su rostro.

Este se adelantó y arrodillándose la dijo:

—No temas, hermosa de mi vida, tan esclavo tuyo soy ahora como cuando me presenté para servirte. Mi amor inextinguible, eterno, y la imposibilidad de expresártelo me obligaron á tamaño disfraz. Es una osadía, lo conozco, pero sin ella ya hubiera muerto de pesar.

La jóven no pudo contenerse ante tan grandes pruebas.

—Sí, os amo, le respondió, pero mi padre me lo ha prohibido, y si sabe lo que ocurre se vengará de ambos. Salid de esta casa, es lo primero; despues la Providencia dispondrá de nuestros destinos.

Vencido lo principal, lo accesorio era más fácil. Don Alonso la contaba entusiasmado sus desvelos que la niña escuchaba embelesada, cuando fuertes golpes resonaron en el macizo portón.

El asunto se complicaba. Un escribano y cuatro ministriles acompañaban á un caballero de edad madura, con un rico traje negro, sobre cuyo costado se descubría el hábito de Montesa.

Á las voces de «abrid á la justicia,» que daban de fuera, Don Alonso se asomó retrocediendo al instante.

—¡Mi padre! dijo.

En efecto, D. Fernando de Correa, lleno de pesar por su hijo único, cuyo paradero ignoraba hacía meses, marchó en su busca, y tanto y tan bien indagó, que hubo de hallar el escondite del enamorado.

Al franquearse la puerta y presentarse D. Alonso, reprimió un movimiento de júbilo, y volviéndose á sus acompañantes, dijo:

—Gracias, señores, he encontrado á mi hijo y lo demás me incumbe. Decid al Sr. Presidente cuánto aprecio sus favores, y alargándoles un bolso, los despidió con gran cortesanía.

Quando se retiraron se encaró con aquel.

—Corre esos cerrojos, y hablemos de tu conducta indigna del nombre que llevas. Me he enterado de todo y antes de salir es necesario pidas te perdone esa noble criatura, tanto más digna de respeto, cuanto más carece de protectores.

Al descubrir á Fátima quedó prendado de la pureza y dignidad que emanaba de su persona, y descubriéndose añadió:

—Noble doncella, por el bien de todos llevadme á que departa con vuestro guardador.



La conversación de ambos ancianos no fué larga.

—Estaba escrito, añadía el moro, pero no es posible acceder á vuestra súplica, caballero.

Ni el llanto de Fátima ni las elocuentes frases de D. Alonso le conmovían.

—Lo he jurado, murmuraba, jamás alianza con los cristianos.

Un nuevo personaje se presentó en la escena.

El negro que acababa de llegar de Marruecos.

—Señor, le habló á su dueño. El Caid Abil Hassan, me entrega su anillo como testimonio de que os relevan de vuestro juramento, si ha de causar la eterna desgracia de vuestra pupila.

—Alá Acbar, Dios es grande, no eres mi hija, cúmplase la voluntad del Profeta. Hidalgo, añadió encarándose con D. Alonso, Fátima tiene un dote que apetecería un príncipe, estas son las llaves de los cofres donde se guarda su tesoro, y que ella los entregue á quien haya de ser su dueño.

En seguida se tapó la cabeza con la capucha de su albornóz y no quiso pronunciar más palabras.

Fueron inútiles cuantas gestiones cariñosas le hicieron para que abandonara con ellos la ciudad.

—Aquí he nacido y aquí deseo morir.

La jóven decidió no abandonarlo.

—Mientras aliente soy su hija, repeta.

Su amante y D. Fernando no pudieron menos de alabar esta conducta.

El fin del activo musulman llegó pronto. Agobiado por la edad y el disgusto experimentado espiró en brazos de la jóven y del esclavo.

A los pocos días despues de entrar con gran ceremonia en el seno de la Iglesia Católica, se verificó la no menos solemne de sus bodas, asistiendo la flor de la caballería de los conquistadores y dándose á conocer el nobilísimo origen de la convertida.

Las joyas que cubrian su tocado excitaron la admiración universal, y todos envidiaron no haber descubierto á sazón, los tesoros de hermosura y de riqueza que el jóven D. Alonso se llevaba, lleno de felicidad, á su país.

La hacienda y valiosos presentes quedaron con su libertad al negro, que no dejó tampoco el sitio donde viviera.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generali
CONSEJERÍA DE CULTURA

III.

Quien desde las Vistillas de San Cristóbal baje las cuestas que terminan en la Alhacaba, al examinar en la primer vereda, las cuatro ó cinco cuevecillas con mezquinos huertos que cercan punzadoras higueras chumbas, al registrar aquellos nidos de miseria y desaseo, quién puede figurarse que tan á menos llegasen las grandezas pasadas y la lozanía de aquellos, en otros siglos, encantadores paisajes.

De los restos de la hacienda de Ben-Abdalá, nada existe: la puerta claveteada y los motes y alabanzas del Corán, incrustados en el fortísimo cuero de Tafilete, el tiempo los redujo á menudo polvo. Únicamente una cosa no ha podido destruir; el nombre. Aún en la actualidad se denomina, *El portón de baqueta*.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

LA GALLINA CON LOS POLLOS DE ORO.

Leyenda.

I.

Enclavado en aquel célebre valle de *Valparaiso*, resplandeciente de alegría con la flor de los manzanos, perales y cerezos que bordan los costados de sus *tablas* en la primavera, dorado con sus trigos en el verano, adornado con el follaje de sus espesos avellanos en el otoño, y verde siempre con las sabrosas legumbres que brotan de su suelo á pesar de los rigores del invierno, el *pago de los cármenes de Darro*, deleitando la vista, y derramando perfumes de vida y de salud, demuestra cuán fundado era el hondo pesar con que lo abandonaron los secretarios del Profeta.

En uno de los senderos que salpicados de casas rústicas baña la acequia de Jesús del Valle, pasado el cármén del Partidor, camino arriba de los pueblecillos de los montes, existía hace doscientos años una hacienda campestre, casi donde hoy se encuentra la que se nombra de Cruz-Torneada, á la que daban sombra unos corpulentos nogales, gala de la finca y del contorno.

Cuántas veces, gozando de la frescura de las



Archivum de la Junta de Andalucía
CONSEJERIA DE CULTURA

aguas y aspirando el delicioso aroma que al ponerse el sol despiden las flores de los habares, que cierran sus pétalos hasta la nueva alborada, al dirigir mis pasos por el mencionado camino, me sorprendía una especie de cimientito informe, carcomido por los años y la humedad, que colocado al nivel del piso y rozando con un ramal de riego, sembraba una osamenta abandonada que los siglos no habían podido pulverizar, ó el resto desgajado de un coloso edificio, entero aún, para muestra de las pasajeras grandezas mundanales!

¡Cuántas veces de pié sobre el preduzco, al creer descubrir entre sus materiales aquel famoso betún arábigo que trabando la arena y las más diminutas piedrecillas formaba la composición poderosísima que se convertía despues en los inexpugnables baluartes granadinos, cuántas veces, repito, he alzado los ojos como queriendo preguntar á las estrellas qué significaba aquel indicio puesto al paso del transeunte, y qué historia se ocultaba sobre el resto que aún se conserva!

Inútil hubiera sido mi deseo de saber, si un labrador anciano de aquellos alrededores, un verdadero hijo del trabajo, que no se desdeña de descubrir su venerable cabeza para saludar un templo, y que aún reza á Dios, sentado en el sillón de sus abuelos á la derecha del hogar, advertido de mi repetida y muda contemplación, no me dijera entre risueño y confuso:

—Ese es el sitio en que se le apareció á Juan Camisón *la gallina con los pollos de oro.*